

TRAZOS

El artículo de "Esquire"

Por CESAR GARCIA PONS

LO de la ciudad más voluptuosa del mundo no es novedad en la pluma de Helen Lawrenson, la escritora de la revista "Esquire". Dada a temas de esta índole, hace ya años que le da vueltas a lo que ahora ha cuajado en un artículo de muy dudosas intenciones y que, cuando menos, participa de ese tono sensacionalista que de viejo viene utilizando el periodismo norteamericano para solaz de un lector medio y más candoroso que crítico e informado. Era Cuba todavía no más que una colonia y ya recogía la prensa estadounidense, frecuentemente, testimonios de descripciones, las más de las veces falsas o exageradas, de sus costumbres, y entre ellos no eran pocos los comentarios consagrados a la moral de sus habitantes, sus inclinaciones eróticas y orgiásticas. En 1836, por ejemplo, Rosamond Culbertson dió a las prensas y recogió en libro que alcanzó tres ediciones en New York, una versión escandalosa de la vida del clero habanero, y de la cual puede uno hacerse juicio con saber tan sólo que en ella figuraba el venerable Félix Varela como un trapiondista de su religiosidad confesa y de su condición de sacerdote. De modo que lo que con caracteres de golpe de vista, de indagación del medio social cubano, de conclusión que da al fin en el clavo de una apreciación justa ofreció la escritora Lawrenson, resumiéndolo en el vocablo **sexo**, razón del título con que en el original inglés bautizó su trabajo ("The Sexiest City in the World"), no se aparta de esas predilecciones temáticas que tan bien cotizadas parecen resultar siempre en el periodismo nórdico.

No es novedad, decíamos, ese campo de observación en la pluma aludida, porque bajo el título de "Los cubanos son pésimos cultivadores del amor" se las arregló, hace algunos años, para difundir desde las mismas páginas en que ahora presenta a La Habana sujeta al signo de lo sexual, que el cubano fallaba en el tributo viril a la mujer. En aquel entonces halló en falta en los varones nuestros, como hoy halla de sobra en nuestras mujeres. Em-

pero, nadie puede prever el destino último de un artículo de ocasión, y no tardó una escritora irlandesa, Laura Laverty, en hacerse eco de la pintura norteamericana y en reproducirla alegremente, enrostrando a Latinoamérica la quiebra en cuestión.

No hay que tomar el artículo que reprodujo "Bohemia" como expresión sincera de un juicio hñérfano de oblicuidades. Aun sin los antecedentes apuntados, el propio artículo se alaba en ese sentido: La autora lo ha contrapesado cautamente en orden a lo peyorativo y lo elogioso, pero, a más de los momentos en que ni siquiera a la Iglesia deja tranquila, hay que imputarle que fija, a fin de cuentas, en el lector la imagen de una ciudad hecha a la carne y que vive por y para ella. Hay que imputarle, además, que por el párrafo en que contrasta, negativamente, lo que La Habana puede brindar al visitante en relación con lo que ofrecen otros pueblos y ciudades que cita por sus propios nombres, condena a la primera al valor único de ser una ciudad eminentemente sexual. Sienta, por añadidura, una falsedad como una casa cuando afirma que mientras para nosotros lo sexual es cosa naturalísima—para nuestras mujeres, que son las que elige de blanco—para la gente de su país cobra eso el carácter de un estigma. Todo el que ha viajado por Estados Unidos sabe desde luego a qué atenerse respecto a esto.

Ponerse en culto y en civilización para aceptar la versión recién aparecida en la revista "Esquire", como hemos visto hacer a más de uno, no pasa de "pose". Nosotros hemos denunciado y combatido el sensualismo, que es en el seno de la sociedad cubana cosa más externa que entrañable, más de apariencia que de sustancia, por lo que tiene precisamente de modificable, de corregible, de enmendable. Hemos señalado, sobre todo, el pecado en que incurre la difusión y la propaganda que emplea el aliciente de lo erótico sistemáticamente, y el daño que opera a un país en formación sensualizar su vida. Pero de eso a considerarlo no más que en ese aspecto, como si fuese el que lo explica, y desconocerle lo que es su auténtico y genuino contenido, hay la distancia que media entre la preocupación patriótica y el desenfado reporteril de una escritora atraída por las sensaciones fuertes.

De todos modos, es indudable que La Habana va criando fama de hedonista y pecadora, y que a ello contribuimos en gran medida nosotros mismos a través de cosas que acaso merezcan que volvamos sobre el asunto en uno o varios artículos, y es indudable, también, que de nosotros mismos depende, por lo tanto, en primer término, que la imagen deformada mediante la cual se nos presenta en el extranjero pierda los puntos de apoyo que con sin igual desaprensión le estamos ofreciendo. Triste suerte sería la de nuestro país si en lugar de la virtud antigua, generadora de mujeres plenas y hombres cabales, floreciera para el mañana no más que el hombre endeble o equivoco y la muñeca de carne de que habla la periodista Lawrenson, y si el crédito nacional, en todo caso, no pudiera residir en otro valor que el señalado por ella cuando califica a La Habana de la ciudad más voluptuosa del mundo.

M.A., feb 20/55



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA